

Diplomáticos

B. Traven

Bajo el reinado del dictador Porfirio Díaz no quedaban en Méjico ni bandidos ni rebeldes ni salteadores de trenes. Porfirio Díaz había limpiado el país de rebeldes de una manera muy sencilla y perfectamente dictatorial: había prohibido a los periódicos que publicaran ni una sola palabra sobre asaltos a mano armada a no ser que se lo pidiera de manera expresa el gobierno. Podía suceder que en un momento dado, a Porfirio Díaz le interesara que se hablara de ataques a trenes y de bandolerismo. Para esto mandaba a un general con tropas al lugar para utilizarlo con el objetivo político concreto de mantenerse en el poder. A él se debería el mérito de haber acabado con los bandidos. Lo que conllevaba para este general algunos flecos que podían cifrarse en decenas de miles de dólares. Una vez que el general había solucionado el problema -y embolsado el dinero que los comerciantes de la región debían pagar para financiar la guerra contra los malhechores según las cuentas que les presentaba el mismo general- todo el mundo se hacía eco de que el gran estadista Porfirio Díaz había, una vez más, limpiado con mano dura el país de malhechores y que los capitales extranjeros estaban tan seguros en Méjico como en los mismísimos cofres del Banco de Inglaterra. Algunas decenas de malhechores habían hallado la muerte, muchos de estos “malhechores” no eran otra cosa que simples trabajadores agrícolas que se habían manifestado contra la opresión de los latifundistas. Los periódicos publicaban una lista de unos cincuenta nombres de otros tantos malhechores pasados por las armas para ayudar al general a cobrar su parte. Estos nombres parecían reales. El único inconveniente era que se habían sacado de sepulturas antiguas o simplemente se habían inventado. En aquella época se desaparecía en Méjico de manera más fácil que hoy en día: financieros, directivos o ingenieros de grandes compañías norteamericanas eran secuestrados en las montañas bajo la amenaza de ser cortados a trocitos si no se pagaba en un plazo de seis días el dinero de su rescate. Porfirio Díaz pagaba siempre el rescate con la intención de que la prensa norteamericana no se enterara y para evitar que los capitales extranjeros se asustaran. Además se daba a la persona liberada una suma

“arreglada” por el mal rato pasado y para comprar su silencio. Pero Porfirio Díaz no sacaba este dinero de su bolsillo ya que si hubiera actuado de esta manera no hubiera sido digno de la reputación que tenía de administrar el tesoro del Estado con un extraordinario sentido del ahorro. Para esto hacía pagar a las mismas compañías norteamericanas el desembolso que había hecho en provecho de las mismas -o mejor dicho, en beneficio de sus empleados liberados. Vendía a un precio alto, a estas compañías, concesiones particulares o tierras comunitarias que quitaba a los indios. De esta manera hacía dos nuevos amigos partidarios de su dictadura. Uno era esta compañía americana favorecida, otro, el gran terrateniente mejicano para el que la supresión de las tierras comunitarias se traducía en un nuevo contingente de ilotes obligados a trabajar por tres centavos “de sol a sol”.

Lo que no cuentan los periódicos, no existe. Y más en el extranjero. Esta es la razón por la que un país puede continuar gozando de buena reputación. Todos los dictadores utilizan la misma receta. Hoy, como entonces, todos los periódicos de Méjico se hallan, sin ninguna excepción, en manos de los conservadores, en manos de los que pertenecen a esta clase que saluda la dictadura de Porfirio Díaz como “la edad de oro de Méjico”. Como esta clase empieza ahora a tambalearse en Méjico a causa de los golpes recibidos por parte del proletariado indio o semi-indio, sus periódicos están llenos de historias de malhechores, de rebeldes y de ataques a los trenes; aplaude cualquier despreciable asesino o infame general con tal de que sea capaz de originar problemas al gobierno actual. En el Méjico de hoy, si hacemos caso a estos periódicos, diariamente se halla en peligro la gran libertad de prensa. Sin embargo, bajo la dictadura de Porfirio Díaz no se hablaba nunca de esta amenaza, aunque existiera, para no hablar de los malhechores. Ya que entonces existía la verdadera y justa libertad de prensa, la única que vale la pena, la que está al servicio de la clase capitalista y sólo se tolera si se halla a su servicio. Aunque Porfirio Díaz eliminó todos los malhechores con este método sencillo y eficaz, sucedía que pasaban cosas desagradables que amenazaban con derrumbar su impresionante edificio -este edificio tan bonito y racional que ni un Potemkin hubiera sido capaz de construir.

Se iba a firmar un nuevo tratado comercial entre Méjico y los Estados Unidos -a no ser que fuera una ampliación del anterior. Ante asuntos de tal envergadura, Porfirio Díaz se consideraba invariablemente como un gran hombre de Estado, persuadido de ser en todo momento el más astuto; pero al final, si se analizaba bien el tratado en cuestión y sus consecuencias, siempre era Méjico el que salía perjudicado.

El gobierno de los Estados Unidos envió a uno de sus mejores diplomáticos en materia de comercio; ya que Méjico ha sido considerado por parte de los

Americanos como uno de los países más importantes en lo que respecta a las relaciones comerciales con los Estados Unidos. Méjico será para la eternidad - incluso más en el futuro que en el pasado- el país más importante para los Estados Unidos. Más importante que la totalidad de Europa. Porfirio Díaz, con el propósito de dorarle la píldora que le iba a hacer tragar al diplomático del gobierno norteamericano y también para demostrarle el grado de opulencia de Méjico y de sus habitantes – de hecho la clase superior representa sólo un cero cinco por ciento de la población – ricos, cultivados y civilizados, organizó una recepción en honor de su invitado.

Pocos hombres han sabido organizar fiestas como Porfirio Díaz. La fiesta que organizó en 1910 para celebrar el “Centenario” de la independencia mejicana se cuenta entre las fiestas públicas más fastuosas que jamás se hayan organizado en el continente americano, o incluso en el planeta. Todo brillaba con un oro destinado a deslumbrar a los visitantes de los países extranjeros. Nunca se ha calculado cuántos millones de dólares costó esta fiesta al pueblo mejicano. Los invitados no podían mirar otra cosa que no fuera esta fachada cubierta de oro. Se habían tomado todas las precauciones, con gran habilidad, para que ningún extranjero se diera cuenta de lo que había escondido detrás: el noventa y cinco por ciento del pueblo mejicano vestía harapos, el noventa y cinco por ciento de la población andaba sin botas ni zapatos, el noventa y cinco por ciento del pueblo sobrevivía a base de tortillas, frijoles, chile, pulca y té hecho con hojas de árboles, más del noventa y cinco por ciento de la gente no sabía leer y aún menos escribir su nombre. ¿En qué lugar semejante fiesta hubiera podido celebrarse en el conjunto del mundo civilizado?

¿En qué quedaban los faustos de un príncipe Potemkin comparados con los de Porfirio Díaz? Era como la música de un pobre músico de pueblo comparada con los cobres ensordecedores de una orquesta. Y el jefe de esta orquesta se hacía colgar de su pecho, para estas ocasiones, tal cantidad de condecoraciones y medallas que sesenta vagones de mercancías no hubieran sido suficientes para transportarlas. Esto sí que era una verdadera edad de oro.

Hay que reconocer que Porfirio Díaz era un experto en fiestas: Y la que dio en aquella ocasión en honor de este diplomático norteamericano algunos años antes sólo fue como el aperitivo de la actual explosión ostentatoria.

Se desarrolló en Méjico en el castillo de Chapultepec. Este castillo fue prácticamente abandonado después de la Revolución. Muy de vez en cuando se celebra alguna fiesta, ya que el pueblo mejicano tiene otras prioridades que ocuparse de festejos. De hecho, el castillo no es otra cosa que un museo para turistas extranjeros interesados en ver la cama de la emperatriz Carlota y de comprobar si no era demasiado dura para ella. Era también la residencia de verano del emperador de los Aztecas, de quien todavía puede verse el baño,

debidamente restaurado. Aunque el castillo es la residencia oficial del presidente de la República mejicana, después de la Revolución raramente pernoctan allí. El presidente Calles nunca lo ha utilizado, vive en las proximidades en una casa modesta.

Pero durante la época de Porfirio Díaz se llevaba un gran tren de vida y mucho jolgorio en el castillo de Chapultepec. Quería mantener contenta a la aristocracia, poco numerosa pero cómodamente instalada, y darle satisfacciones para mantenerse en el poder, de la misma manera que otros dictadores se hacen apoyar por el Papa cuando los capitalistas empiezan a darse cuenta de que sus negocios peligran y que una dictadura tiene también ciertos inconvenientes. Sólo la crema de la alta sociedad de Méjico fue invitada a la fiesta dada en honor de este diplomático con el fin de reforzar la impresión de elegancia, de civilización, de cultura y de opulencia de los mejicanos. Por doquier resplandecían los uniformes de los generales. En el centro, Porfirio Díaz en persona, cubierto, recargado y lleno de galones y condecoraciones de oro, parecía un mono sabio interpretando el papel principal de una opereta burlesca en el fondo de cualquier fabuloso país de los Balcanes. Las mujeres iban sobrecargadas de joyas, como los expositores que hay en las vitrinas de los joyeros de una de las calles más elegantes de París entre las dos y las seis de la tarde. En resumen, era la sociedad más escogida de la que podía presumir Porfirio Díaz.

No era la primera vez que este diplomático norteamericano debía negociar y ratificar un tratado comercial con un país extranjero. Algún tiempo antes había concluido de manera satisfactoria este mismo tipo de tratado entre Inglaterra y su país. Durante esta negociación, sin que ni él ni el gobierno norteamericano se dieran cuenta, Inglaterra se había llevado la mejor parte, como en todos estos negocios. Deseoso de distinguir y honrar a este diplomático norteamericano por el buen trabajo, deseoso de hipnotizarlo durante el tiempo de la firma del tratado y la ratificación por los parlamentos de ambos países, el rey de Inglaterra le recibió en audiencia privada; dado que no podía concederle ningún título nobiliario -no era la manera de seducir a un buen republicano norteamericano- le regaló un reloj de oro cubierto de diamantes, con una adaladora dedicatoria a su gloria y adornado con el monograma de Eduardo VII rey de Inglaterra y emperador de las Indias.

El diplomático estaba muy orgulloso de este reloj, como cualquier norteamericano se sentiría orgulloso, como buen republicano, de que un rey le coloque cualquier condecoración en el ojal de su vestido, ya que esto se traduce en una gran noticia para todos los periódicos americanos.

Durante la fiesta, el diplomático, de manera absolutamente natural, hizo admirar su reloj a don Porfirio. Este se sintió halagado por el hecho de que el

gobierno americano enviara a Méjico un diplomático de tan alto rango, distinguido de tal manera por el rey de Inglaterra, para negociar un nuevo tratado comercial: era la demostración de que se le tenía por alguien muy importante, digno de ser tratado en pie de igualdad con un monarca. Era una manera de atraerse a Porfirio Díaz y hacerlo acomodaticio en todo, rasgo bien conocido por todos los gobiernos extranjeros y sus diplomáticos y del que se aprovechaban sin rubor, para desgracia del pueblo mejicano. Porfirio Díaz no era otra cosa que un advenedizo, como la mayoría de dictadores y un hombre a quien la aristocracia de su país no consideraba como alguien suyo, ya fuera por su origen, su familia, su educación, su fortuna o sus cualidades. La cualidad que tenía más desarrollada era la vanidad.

Observando el reloj, pensaba en la manera cómo iba a superar el regalo del rey de Inglaterra, para que todo el mundo oyera hablar de él y llegara dicha noticia a todos lados.

El reloj se convirtió, evidentemente, en el punto de mira de todos los generales presentes y objeto de unánime admiración.

Una vez finalizada la ceremonia de los saludos y demás formalidades de presentación, se dirigieron hacia el gran banquete en el que se pronunciaron cuidados discursos relativos a las excelentes relaciones que Méjico mantenía con los Estados Unidos y con el resto de países del mundo y durante los cuales los diplomáticos presentes asintieron fervorosamente dado lo que valoraban esta Edad de Oro de Méjico, y aún más, a aquel que era para ellos su único responsable, o sea don Porfirio.

Una vez finalizado el banquete, la atención se dirigió hacia el baile de gala, organizado como se hacía en las recepciones de los ministros plenipotenciarios en París. Don Porfirio despreciaba todo lo mejicano o indio y admiraba todo lo que olía a perfume francés o se parecía a la corte de Viena. Esta admiración, a veces daba como resultado una completa inactividad, véase como ejemplo la ópera de Méjico.

Durante una pausa en el baile, el diplomático americano se dio cuenta, de repente, que su precioso reloj no se hallaba donde lo había dejado. Después de haber repasado cuidadosamente todos los bolsillos de su traje, no lo encontró. Un examen más preciso le hizo descubrir que habían cortado muy delicadamente la cadenita de oro a la que estaba unido el reloj, y como descubrieron más tarde los detectives, con la ayuda de unas tijeras de uñas.

El diplomático americano tenía suficiente tacto como para saber que no se debe provocar ningún incidente por la desaparición de un reloj de oro ordinario durante una fiesta diplomática como aquella. Como mucho se avisa al maestro de ceremonias. Si se recupera el reloj muy bien, y si no, se pasan los gastos al ministerio de Asuntos Exteriores. Son cosas que suceden de

manera más habitual de lo que puede imaginar cualquiera que no haya sido invitado nunca a una recepción diplomática; ya que los diplomáticos tienen también, más a menudo de lo que pudiera imaginarse, problemas de dinero que se ven obligados a resolver con métodos algo distintos a los que deberían regir en los bailes diplomáticos. Los diplomáticos son humanos. Y cuando el trabajo consiste en enredar hábilmente al prójimo -y a menudo a todo un pueblo- no es difícil para alguien que es intrigante mirar para sí. Durante las recepciones diplomáticas se pierden suficientes collares de perlas, brazaletes de diamantes y relojes de oro que justifican suficientemente la existencia de “cajas negras” en el ministerio de Asuntos Exteriores. Las mujeres de los diplomáticos no poseen todas el suficiente tacto, ni dinero, ni recursos como para resignarse a la pérdida. Poco les importa la carrera de su marido cuando el collar vale diez mil dólares y amenazan con organizar un escándalo y avisar a la prensa.

¿Qué le queda hacer al Ministerio?

Restituírle el collar.

Pero el reloj del que hablamos no podía sustituirse. Que un diplomático otorgue tan poca importancia a un regalo ofrecido en propia mano por el rey de Inglaterra llegando a perderlo es casi un crimen de lesa majestad, capaz de hundir su carrera y su honor.

No se le puede suponer a un diplomático americano el mismo tacto que a un diplomático francés, inglés o ruso. El francés vería en ello una ocasión para disertar sobre el arte y la manera de perder uno su reloj y saldría del apuro mediante una respuesta espiritual de una finura y elegancia tales que más bien le serviría en su carrera que lo contrario. Pero nos hallamos en un medio de principiantes y aprendices de donde proviene el alboroto que estamos narrando. Dicho de otra manera, este diplomático pretendía imponerse en sus círculos gracias al reloj. Sin el reloj no tenía nada que probara que había sido honrado con una audiencia privada por el rey de Inglaterra. Nadie se toma la molestia de guardar todos los periódicos con la finalidad de confirmar esta afirmación. En el club, nadie. Por otro lado es fácil hacerse escribir un artículo laudatorio por un aprendiz en un periódico por dos dólares.

El diplomático norteamericano se dirigió directamente a don Porfirio con la arrogancia brutal que caracteriza a su pueblo, y le solicitó una entrevista mediante su secretario que hablaba español.

“Disculpe, don Porfirio, le dijo, siento molestarle, pero acaban de robarme en este mismo lugar, en la sala de baile, el reloj que me regaló el rey de Inglaterra.”

Don Porfirio ni tan siquiera parpadeó, ni se puso a gritar: “¡Es imposible!” o “Usted debe estar equivocado”, dado que conocía a sus parroquianos y sabía

mejor que nadie que los bandidos, eliminados en los periódicos, no lo habían sido en otras partes. Si hubiera pretendido eliminarlos habría tenido que empezar fusilando a todos sus generales, gobernadores, alcaldes, procuradores y secretarios de Estado. Y si hubiera hecho fusilar a todos los malhechores que había en su reino, no hubiera quedado ni un solo mejicano para gobernar, ya que la clase dominante se veía empujada por su insaciable avaricia y la clase dominada por el hecho de su terrible miseria.

Porfirio Díaz se apresuró a contestar: “No se preocupe, Excelencia, se trata evidentemente de sólo una broma. Le doy mi palabra de honor que su reloj estará otra vez entre sus manos en menos de cuarenta y ocho horas.”

Palabra de honor del presidente. Porfirio Díaz podía, con total tranquilidad dar su palabra de honor ya que, como maestro de todos los malhechores y espabilados, era mejor conocedor que cualquiera de todos sus golpes y trampas. Porfirio Díaz, él mismo genial estafador en todos los negocios que no fueran los del tirón, no tardaría mucho en encontrar el reloj.

Acabó despidiéndose del diplomático con todo tipo de palabras corteses, sin citar para nada el incidente. Pero en cuanto no estuvo rodeado más que por sus familiares, don Porfirio se dejó llevar por una cólera negra, una de estas cóleras de las que sólo él era capaz, la cólera de un dictador cuya impostura está a punto de ser descubierta.

“El viejo vuelve a tener su crisis” murmuraban los sirvientes asustados, temblando al pensar en lo que les esperaba en cuanto acabara el baile. Eran más temibles los excesos de cólera del dictador que los terremotos. Era más brutal que un viejo gato salvaje enfurecido.

De una cosa estaba completamente convencido: de que el autor del robo era y no podía ser otra cosa que mejicano. Y él sabía cómo había que tratar a los mejicanos “espabilados”.

Si el autor había sido alguien del servicio, era ya demasiado tarde para pensar que la corte de detectives presente en el salón fuera capaz de impedir que saliera del castillo. Si el personal de servicio era el autor del robo, los detectives no servían para nada: el reloj ya habría salido del castillo durante este tiempo. También había podido ser un detective el autor del robo. No se podía estar seguro de que no se apropiaran de algo que se encontraran. Porfirio Díaz había incorporado entre los detectives un gran número de malhechores, autores de tirones, asaltantes de caminos con el convencimiento de que los propios malhechores son mejores perseguidores de ellos mismos que la gente honesta.

Era poco probable que se hubieran arrancado los diamantes o que se hubiera sacado el marco para venderlo de manera más fácil, ya que esto le hacía perder gran parte de su valor. Había que prever que limarían la inscripción

grabada antes de venderlo. Sin esta inscripción era evidente que perdía todo valor para el diplomático. Don Porfirio hubiera podido encontrar sin ninguna dificultad un reloj de oro con diamantes incrustados si esto hubiera podido convencer al diplomático, pero tal como estaban las cosas de lo que se trataba era de recuperar aquel reloj.

La furia que invadió a Don Porfirio no tenía su origen en el temor a no poder solucionar este asunto. Desde su perspectiva esta tarea le era perfectamente asumible. No, lo que le sumergía en esta rabia era otra cosa.

Con el robo del reloj era como si hubieran levantado el barniz de su resplandeciente fachada dejando a la vista la miseria cubierta de yeso que constituía la verdad.

Por todo el mundo corría la voz de que el gran hombre de Estado Porfirio Díaz había limpiado de manera total y duradera el país de bandidos y malhechores y que, con mano firme, había hecho una limpieza incomparable y nunca vista en ninguna otra parte. Si se hubiera hecho caso a los reportajes de la época parecía como si se pudiera ir de un lado a otro de Méjico con dos sacos llenos de escudos de oro atados a los lados de la silla de montar y llegar al final del viaje con otro saco suplementario a cada lado. Esto era cierto de alguna manera. Un capitalista americano que entrara en Méjico por El Paso con cincuenta mil dólares en cheques podía salir del país seis semanas más tarde llevándose cien mil dólares; el excedente provendría del provecho conseguido durante este breve espacio de tiempo sobre las espaldas del pueblo mejicano con la ayuda de Porfirio Díaz. Pero, hablando claro, era mucho más peligroso viajar por el país en la época de Porfirio Díaz llevando algo de valor o dinero sin protección militar que hoy en día. Y esta misma protección militar se hacía la reflexión de que era más inteligente ponerse bajo la protección del dinero que debía ella misma proteger. De esta manera se enteraba uno rápidamente -cuando el asunto no podía solucionarlo el gobierno a gusto de todos mediante una transacción privada- que el convoy había desaparecido en un pantano o había sido víctima de un corrimiento de tierras.

Pero si era posible robar un reloj de oro del bolsillo de un diplomático norteamericano tan importante durante el transcurso de una fiesta dada en su honor en el interior de una sala del castillo de Chapultepec, y si por consiguiente no se podía garantizar la propiedad de un dignatario diplomático durante una fiesta celebrada en su honor en Méjico, entonces se tambaleaba completamente todo el entramado de mentiras en el que se sustentaba la dictadura. Si los malhechores ocupaban puestos tan cercanos al trono del dictador, ¿qué debía ser el resto del país? Bastaba que este suceso apareciera en todas las gacetas americanas para que todo el mundo se diera cuenta de que la mano de acero del gran hombre de Estado llamado Porfirio Díaz no era otra

cosa que un decorado de cartón y que los grandes capitalistas extranjeros harían bien en ser muy prudentes antes de invertir en Méjico.

El diplomático tenía la palabra de honor del dictador de que no se trataba de otra cosa que de una broma. Por esto no soltó palabra del asunto ante los representantes de la prensa: sólo le quedaba esperar -estaba obligado a ello- a ver de qué manera Porfirio Díaz cumplía su palabra y cómo lo hacía. Este último estaba convencido de que, según las costumbres diplomáticas, el americano no divulgaría nada a la prensa de su país durante el tiempo en que el incidente estuviera bajo la palabra de honor del dictador.

Aquella misma noche, Porfirio Díaz convocó al jefe de la policía para planear la manera de recuperar el reloj sin tener que recurrir a un anuncio en la prensa.

La manera de tratar el caso es ilustrativo de la diferencia entre los hombres que gestionaban los asuntos bajo la dictadura de Porfirio Díaz y los que estuvieron al timón del barco mejicano después de la Revolución y la condujeron a trancas y barrancas contra viento y marea.

El presidente Calles, que gobernó después, hubiera dado un plazo de seis horas al jefe de la policía para encontrar el reloj. O bien, algo completamente real pues lo utilizó con algunos generales -hubiera reprendido al jefe de la policía como a un chiquillo e incluso a lo mejor le hubiera propinado dos bofetadas antes de destituirlo de su cargo y enviarlo como medida disciplinaria a cualquier lugar recóndito de la República si servía todavía para ello; o, sino, le hubiera pagado un viaje de descanso por Europa con la firme recomendación de no volver a poner los pies en Méjico.

También Porfirio Díaz abroncaba sin miramientos a generales y otros dignatarios, pero sólo corría este riesgo cuando estaba seguro de que aquel a quien reprendía carecía de partidarios por lo que nadie podía perjudicarlo. Comparado con otros dictadores, Díaz era cobarde. Prefería tirar de los cables a escondidas, gobernar a base de intrigas y colocar en primera línea otros hombres en los que pudiera descansar.

A Calles no le hubiera preocupado en absoluto ver que los periódicos del día siguiente contaban esta historia. Se hubiera reído tanto como todo el pueblo mejicano o norteamericano. Hubiera dicho con sus bruscos modales: “¿Por qué este burro se ha dejado robar el reloj del bolsillo por un gringo?”. Que sepa que está en Méjico en donde en todas las estaciones de tren hay, de manera muy visible, una pancarta que reza: “Cuidado con los carteristas”. Si este tonto no conoce lo suficiente este país, no tenía que haber venido y debía haberse quedado en su casa. Yo no puedo firmar un tratado con un inútil así” Y a los periodistas les hubiera dicho: “Os dais cuenta de qué gentuza mantenemos en Méjico. Bien, pues, voy a agarrarlo fuerte y le meteré un

petardo en el trasero de mucho cuidado!” A continuación hubiera destituido a todos los jefes de distrito de la policía, una docena de procuradores y dos docenas de jueces y “¡Que esto explote!”.

Este método conocido como de puñetazo a la americana, sin miramientos, sin vuelta atrás, ofensivo y salpicado de un espíritu agresivo era tan extraño a un carácter débil como el de Porfirio Díaz como las diferentes marcas de whisky escocés son familiares a un cura presbiteriano que las conoce tan bien como los cuatro Evangelios.

Al día siguiente se empezó a rastrear todo el territorio mejicano en búsqueda del reloj robado.

El jefe de la policía se trasladó a Belén, la gran cárcel de preventivos de Méjico. Es allí donde son conducidos todos los malhechores de los dos sexos pendientes de juicio. El jefe de policía reunió a todos los presos y les dijo: “Ayer por la tarde alguien robó un reloj, está incrustado de diamantes. En el interior de la tapa hay gravada una inscripción en inglés. Esta dedicatoria lleva el monograma de Eduardo VII. Ahora son las siete de la mañana. Si este reloj está encima del despacho del director de la cárcel antes de las siete de la tarde seréis todos puestos en libertad y a ninguno de vosotros se le perseguirá por las causas por las que se os ha ingresado en Belén. El que devuelva el reloj no deberá decir su nombre, podrá irse como llegó; nadie le pedirá cuentas de cómo el reloj llegó a sus manos; y no se le detendrá ni por el reloj ni por cualquier otro delito cometido antes de las siete de esta mañana. Al contrario, recibirá de manos del director una recompensa de doscientos pesos de oro. Os vamos a dar a cada uno un papel, un sobre y lápices. En estas cartas podéis escribir lo que queráis, no serán censuradas. Y nadie de la dirección se quedará con las señas. Dentro de una hora vendrán unos carteros a quienes daréis las cartas en persona. Estos carteros llevarán las cartas a su dirección bajo el sello del secreto profesional. Aquí tengo la orden certificada, firmada por Don Porfirio, yo mismo y por el director de la cárcel. Este certificado tiene fuerza de ley hasta las siete y media de esta tarde.

El discurso del jefe de la policía y el certificado que transcribía palabra por palabra su elocución probaban hasta qué punto Don Porfirio conocía bien a sus malhechores y bandidos. Si el reloj estaba en manos de cualquier carterista o ratero habitual, no había ninguna duda que el reloj sería devuelto a las siete o antes.

En Méjico, como en todas partes, los chorizos y encubridores se conocen bien entre ellos. De manera individual no quiere decir que cada uno los conozca a todos, pero conoce bien a una veintena, está al corriente de las guaridas, de las cantinas, peluquerías o refugios que frecuenta esta veintena, conoce a sus amiguitas y todo lo que lleva en su conciencia. Cada uno de esta

veintena conoce otros tantos desconocidos por el primero. Tenían la certidumbre -y en esto ni don Porfirio ni el jefe de la policía habían errado en sus cálculos- que este discurso llegaría a conocimiento de todos los delincuentes y encubridores de Méjico en pocas horas. Las cartas que los prisioneros habían dirigido fuera de control a sus acólitos en libertad contenían todo aquello que un prisionero lleva en el corazón desde tiempo atrás. Podían leerse pasajes como los siguientes: “Escucha, querido Pedro, o tú vas a casa de esta especie de crápula de chorizo de Gómez y preguntas con amenaza dónde está el reloj y que debe traerlo, o yo le explico al procurador que tú estabas metido en el golpe de casa del señor Balsa y que fuiste tú quien te llevaste la mejor parte. No veo porque me tengo que comer yo todo el marrón por el simple hecho de haber sido pillado en el “volador” -mercado de los ladrones- con el traje piojoso que conseguí”. En otra carta: “Mi querida, mi muy querida Josefina. Sabes perfectamente como languidezco por ti. Si le rompí la cabeza a aquel tipo en la calle Bucareli aquella noche, fue porque quería su dinero, lo necesitaba, aquel dinero fue para comprarte el vestido de seda verde y los bonitos zapatos acharolados para que fueras la más bonita cuando vamos a bailar al baile Méjico en casa de María Redonda. Te quiero tanto, mi querida Josefina, que no te lo puedes imaginar, y si se encuentra el reloj, esta tarde estaré fuera de la cárcel. Ve enseguida a casa de Jerónima, es una puta gorda que trabaja en la calle Perú, pero déjalo por esta vez. Vive con esta patrote, Emilio, que debe saber donde está el reloj, y sólo debes decirle a Emilio que si no trae el reloj en el plazo de cuatro horas yo voy a hablar y voy a decir que le vi darle dos golpes al “tecolote”, al policía, en la Moneda, que el “tecolote” está todavía en el hospital y todavía nadie sabe quien lo ha quemado, pero yo lo diré si no devuelve el reloj antes de cuatro horas y si lo dice tendrá doscientos pesos del director por decirlo. Y si Emilio no sabe nada del reloj, ve enseguida a casa de Angélica que es una puta reconsagrada y ella sabrá decirte quien tiene el reloj”.

Otra carta aún: “Querido Lorenzo, tú sabes muy bien quién tiene el reloj que robaron al bastardo este mal criado ya que tu eres quien coloca bien los bolos en su sitio en el juego de bolos del castillo de Chapultepec, y que es tu primo Carlos, el que trabaja en la sala de billar, quien lo ha hecho, y que si no me ayudas a salir de aquí no tendrás nada que hacer con mi hermana Anita y haré que te coman los huesos hasta que te quedes estirado, ya que sabes perfectamente donde está el reloj, ya que lo has visto, y entonces diré a mi hermana Anita que eres un buen tipo y que no andas detrás de las chicas, esto yo lo sé”.

Todos los prisioneros sin excepción escribieron su carta y todas las cartas se dirigieron a la dirección indicada en menos de una hora a través de los carteros sin pasar por inspección, según se había prometido.

Para gran pesar de los prisioneros y mucho más para Porfirio Díaz, el reloj no apareció a la hora fijada. El método que Díaz había utilizado tan a menudo en casos aparentemente desesperados con éxito, fracasó esta vez.

Más adelante se dijo en Méjico que el reloj sí que apareció con este método, con la ayuda de los prisioneros, y que se les puso a todos en libertad tal como se les había prometido. Pero esto no es cierto. Este rumor sólo se puso en circulación para esconder la verdad. Como el reloj no apareció a las siete de la tarde, Porfirio Díaz llegó al convencimiento de que no había sido robado por los delincuentes ordinarios y que no se hallaba en manos de los encubridores. Llegó a la conclusión, y con razón, que el que tenía en su posesión el reloj, aunque tuviera necesidad de dinero, no la tenía con tanta premura que se viera obligado a venderlo enseguida. Era alguien capaz de darle su justo valor al reloj y que esperaba el tiempo necesario para poderlo vender de la manera más ventajosa en el mercado de antigüedades.

Una vez excluidos los malhechores habituales, Porfirio Díaz se fijó en otro estrato de delincuentes. No los que se hallaban en primera fila, sino más bien los que seguían a los delincuentes ordinarios y asaltantes de los caminos importantes tanto en moralidad como en sangre fría para actuar en la primera ocasión que se les presentara.

Don Porfirio convocó para última hora de la tarde a todos los generales que habían asistido a la fiesta diplomática para adornarla de uniformes lustrosos. Tenía la lista de estos generales y de esta manera pudo constatar que se presentaron todos a la audiencia.

Hubo, sin embargo, un general de división que no fue, que excusó su presencia. Excusa que fue aceptada por don Porfirio ya que se trataba de un servicio urgente que no podía posponerse.

Díaz lanzó a los generales reunidos este discurso: “Caballeros, todos visteis ayer en el castillo el reloj que me enseñó el diplomático americano. Este reloj desapareció en el castillo. Creo que algún soldado de guardia o bien uno de los escoltas que os acompañaban lo ha encontrado. Es preciso que este reloj esté en mis manos mañana por la mañana a las diez. Si aparece a dicha hora, recibiréis cada uno de vosotros, caballeros, una indemnización especial de mil dólares como recompensa por vuestro esfuerzo. Además os beneficiaréis de mi gratitud. No hace falta decir que en este caso debéis demostrar la mayor discreción de que seáis capaces, ya que se trata de evitar que ni la más mínima mancha salpique a nuestro glorioso ejército. Os dejo toda la autonomía para

decidir por vosotros mismos la suerte reservada al malhechor. ¡Gracias, caballeros!”.

Cualquiera que conozca Méjico, sabe que un soldado mejicano de grado inferior puede tener todos los defectos y vicios, hasta el punto de matar a su rival sin vacilar -sobretudo si se trata de asuntos del corazón. El soldado mejicano roba. Es verdad. Pero sólo se lleva lo que sus generales y sus numerosos superiores jerárquicos le dejan, nada más. En cuestión de moralidad, valor, honor, amor a su país, lealtad, está muy por encima de sus generales. Es utilizado por los generales infames y traidores para combatir y asesinar a sus hermanos, sus padres, sus hijos y sus compañeros alistados en otros regimientos. En realidad, nunca sabe si sirve a generales rebeldes o a tropas que se mantienen fieles al régimen. Pelea porque juró fidelidad a su general, por que posee una fidelidad desconocida incluso por su general. Si sus generales provocan una revuelta militar con el pretexto de liberar al país presa de los tiranos y los bolcheviques, es sólo la excusa que les sirve para pillar los bancos y comercios y, posteriormente, colocar el producto de sus rapiñas en un lugar seguro de los Estados Unidos, antes que las tropas que permanecieron fieles les cacen y no les dejen llegar a los confines de tan basto territorio. Con generales de esta calaña, se debe considerar que el hombre se ve obligado a servirlos y obedecerles como si fuera el soldado más valeroso, el más fiel y el más desinteresado de todos los ejércitos del mundo.

Porfirio Díaz sabía muy bien, al igual que los generales reunidos, que los simples soldados acusados podían tener todos los defectos y todos los vicios, pero que había una cosa que no eran: carteristas.

Es por esta razón que Díaz era consciente de que estaba anunciando algo falso para averiguar la verdad. De hecho, cuando se pierde la guerra es culpa de los simples soldados; siempre son los simples soldados, los proletarios, los que se han equivocado, que han perdido la moral, que han prestado un oído complaciente a los demagogos y a los apóstoles de la paz y que no tienen amor a la patria. Nunca es culpa de los generales incompetentes, de los políticos esclerosados, de diplomáticos cansados y descerebrados, de aprovechados insaciables. El culpable siempre es el soldado, el proletario. Pero cuando se gana la guerra, entonces se debe únicamente a los generales competentes, a los prudentes hombres de estado, a los diplomáticos perspicaces. Es a los generales, diplomáticos y hombres de estado a quienes se atribuyen todos los honores que llenan todas las historias universales y los libros escolares. La recompensa, para el soldado de a pie se traduce en un desfile que el trabajador de los arsenales, como oveja resignada, hambriento, piojoso, lisiado, puede ver pasar detrás de una barrera de policías blandiendo

sus porras para que los generales tengan su porción de “Vivas” y de insignias estrelladas locamente agitadas.

Los generales sabían bien que Porfirio Díaz no tomaba en serio la idea de que uno de los soldados de la guardia o de los escoltas que les acompañaban estuviera en posesión del reloj. En realidad todos los generales sabían lo que Porfirio Díaz pensaba de ellos, de la misma manera que él sabía lo que pensaban de él: maestro y discípulos agarrados de pies, puños y uñas sobre el pobre país rico.

Al día siguiente, a las diez, todavía no había aparecido el reloj. Por un instante, sólo por un instante Díaz se inquietó: ¿Acaso se había equivocado en sus cálculos? Enseguida pensó en el general de división que excusó su presencia alegando que tenía un asunto importante fuera de la capital, en Tlalpan.

Díaz mandó llamar con urgencia a este general de división. Una vez estuvo ante él, lo observó un momento y le espetó de manera seca: “Divisionario, dame el reloj del diplomático americano”.

Sin pestañear ni mostrar la más mínima contrariedad, el general pasó su mano bajo la túnica, buscó un poco en los bolsillos interiores y sacó el reloj. Se adelantó como dos pasos hacia el dictador y se lo dio, diciéndole: “A sus apreciables órdenes, don Porfirio, a sus órdenes muy queridas.”

Porfirio Díaz cogió el reloj y lo colocó ante sí encima del despacho. Sintió que debía pronunciar algunas palabras, así que dijo: “Divisionario, no lo entiendo... hum... ¿Por qué?”

A lo que el divisionario contestó sin vacilar: “Porfirio, temía que lo cogieras, así que pensé que era mejor que fuera yo, ya que tú puedes comprarte uno más fácilmente que yo”.

La prueba de que Porfirio Díaz era más listo que muchos de los que querían arruinarlo quieren admitir, es que administró el asunto no añadiendo nada a la respuesta del divisionario.

Ya sé que es difícil admitir que Díaz hubiera podido dedicarse al vulgar robo del tirón. En cualquier caso no durante los últimos cinco años de su reinado, en los que su poder empezó a tambalear.

Sin embargo hay que decir una cosa.

Porfirio Díaz tuvo que contentar al diplomático, tratarle amicalmente y devolverle su buen humor para que este episodio permaneciera oculto. Pues Porfirio Díaz estaba más preocupado por el buen nombre de su corte que muchos potentados de Europa. Y para calmar y complacer al diplomático se vio obligado durante la negociación del tratado comercial a hacer concesiones que, evidentemente, tuvo que pagar el pueblo mejicano, pero que supusieron

para el diplomático el honor de ser tratado como uno de los más hábiles en la historia de los Estados Unidos.

B. Traven fue un autor oculto. Varios libros se han dedicado a indagar acerca de quien se escondía tras los diferentes sinónimos que utilizó a lo largo de su vida (Ret Marut, Traven Tosvan, Croves,...). En cualquier caso, se trataba de una ocultación consecuente en alguien que opinaba que *un escritor no debería tener otra biografía que sus libros*.

Activista político durante la segunda década de este siglo, se vio obligado a abandonar Alemania para evitar la represión que se desencadenó contra los revolucionarios que, de un modo u otro, habían participado en la República de los Consejos de Baviera (1919). Se instala en Chiapas (México), donde desarrolla una continuada actividad literaria hasta su muerte en 1969. Sus cenizas fueron esparcidas en la selva de Chiapas.

El conjunto de la obra de Traven es una constante fustigación de los vicios de la civilización: el dinero, la ambición de poder y riqueza, el nacionalismo, las fronteras, la burocracia, la contradictoria voluntad de sumisión, etc.; y una resuelta defensa de los indígenas de la región de Chiapas, donde se localizan la mayor parte de sus relatos.

De su extensa obra, escasamente difundida en España, se pueden destacar *El barco de los muertos*, *El tesoro de Sierra Madre*, que sirvió para el guión de la película del mismo nombre dirigida por John Houston, *El puente en la selva*, *La carreta*, y *El árbol de los colgados*.